

y a la cual nosotros íbamos a reemplazar. Cuando el barco se fué, me hubiera echado al agua. Hubiera nadado hasta alcanzarlo para volverme. Para no quedarme dos años, sufriendo el martirio de vivir junto a esa mujercita divina...

Ya en tierra me dijo ella:

—Señor García, ¿qué hace? ¿Por qué mira tanto el buque? Déjelo que se vaya... Venga. Dice mi esposo que lo lleve a nuestro chalet. Es necesario hacer la distribución de nuestras habitaciones... Camine! Camine!

Y me daba empujoncitos en la espalda, como un chico jugando con otro. La hubiera tirado contra el suelo, contra la nieve, para enterrarme allí con ella, besándola, mordiéndole la boca, comiéndomela como un antropófago de ángeles!... Agaché la cabeza y me dejé empujar, con la cara llena de lágrimas...

Ella lo supo...

—Oye, maridito... Aquí te traigo a García.

—Esté... Esté... Pero, amigo García! Tenemos que distribuir los cuartos.

—¿Cómo? Mira, maridito... ¡García está llorando!

—¿García? ¿Es posible? ¿Un hombre como usted? Llorar el primer día!... Entonces, ¿qué deja para después? ¿Qué hará cuando se aburra?... Esté... Esté...

—No llores, Pattersoff.

—Sí, maridito. García está llorando. Miralo como le salen las lágrimas... ¡Pobrecito! Llore, García! Las lágrimas consuelan. ¿Se acuerda de su mamá? ¡Pobrecito! ¡Solo, entre tanta nieve!

Y mientras me consolaba viéndome sollozar, ella misma lloraba. Y Pattersoff, tan grandote, tan ingenuo, tan dulce, lloraba también. Me echó los brazos al cuello, abrazándome y sollozando, como en la noche aquella de su casamiento.

—Ahora, tú, Pepita... Ven! Dale un abrazo a García! Consuéralo con tu bondad de mujer! Si extraña los brazos de su buena madre, que los tuyos reemplacen a los de ella...

Pepita vino hacia mí con los brazos prontos para el abrazo misericordioso. Yo alcé a penas los míos... Pero, en el momento en que la miré, al ver su pecho delicioso que se alzaba a través del vestido de pieles, bajé los brazos. Ella me miró los ojos. Y vió. Vió...

—Ella también bajó los brazos. Por primera vez había comprendido...

### Noche eterna

La casilla o el «chalet» — como llamaba Pepita a nuestra residencia, — era un galpón dividido en cuatro piezas. En una de las piezas del frente, se instaló Pattersoff con su mujer. Le correspondía como jefe de la misión científica. En la otra pieza del frente, separada por un pasadizo, instalamos la biblioteca y el comedor. En otro cuarto, al lado del de Pattersoff dormía yo. En la habitación siguiente en dos cuchetas, Regui y Lasuyo. En cuanto al cocinero, el sabio Andresko, dormía en la cocina; una cocina tan amplia

